

Treinta preceptos

Ultimas recomendaciones

YO creía haber dado por concluida esta prolongada glosa de los “Preceptos” de Harold Klett, transformados en *Biblia* años después, con las palabras de la anterior entrega, pero un acontecimiento que, la verdad, no esperaba, me ha animado a incluir una coda postrera. Recibo ha poco una misiva de un atento lector de todas estas recomendaciones en la que me aconseja –con suma educación, pero no sin cierta ironía– que él no ha conocido a ningún bibliófilo que cumpla a rajatabla todas estas normas, de hecho me aclara que “no creo que sea posible tal perfección en individuos de tan singular calaña”, aunque también reconoce que la especie está envuelta en un halo de leyendas y *correvidiles* que no permiten asegurar lo que verdaderamente practican en sus (casi) siempre inaccesibles guaridas. Y, desde luego, no le falta razón a mi anónimo comunicante, que firma sus letras con el consabido seudónimo, en este caso “*Un preceptor de libros*” y sin remite adonde mandar mi agradecimiento; pues sobre la condición del bibliófilo la mitad de las veces la realidad es mucho más prosaica que la fabulación que en torno a su nombre se ha creado a lo largo del tiempo.

Al fin y al cabo uno es dueño de sus libros, comprados, heredados o enajenados, qué más da; y sobre todo es dueño absoluto de sus manías, rasgos de un carácter que suelen acompañarnos desde una fecha imprevisible de la adolescencia hasta el resto –más previsible– de los últimos días. Por tanto, las peculiaridades de la propia singularidad de lo que se colecciona, me confirma mi ignoto lector que valen igual para un amigo suyo, que acumula obsesivamente grabados de rinocerontes parece ser que al no haber superado el síndrome llamado “*de Dureró*” entre los su clan están

en relación directa con las propias características personales del coleccionista. Es decir, que uno mismo proyecta las peculiaridades de su naturaleza en (y sobre) las características de la materia que colecciona. ¿Quién es quién para prohibir que se corten las ilustraciones de los libros, por muchos razonamientos y condenas que se aduzcan, si en el bolsillo se lleva (todavía) aquella navaja juvenil con la que se limpiaba las entreñas?, ¿cómo impedir que se sitúe el “*precioso autógrafo*” en las primeras hojas cuando alguien entrega tarjetas de visitas (a dos y a tres tintas y con relieve) hasta al mismísimo cartero?; en fin, ¿de qué manera se puede evitar que alguien lleve los libros al mismo encuadernador que su apasionante volumen de los fascículos sobre jardinería, cuando por demás es capaz de aseverar: “qué no tiene que explicarle nada, porque ya sabe sus gustos y se los deja siempre iguales”?

Uno trata a sus libros como se trata a sí mismo, especialmente cuando nadie nos ve, ni al uno ni a los otros; porque una cosa es lo que se dice y otra muy distinta (¡ay!) lo que de verdad se practica, de ahí que esté a la orden del día entre los miembros de la cofradía libresca las excusas sin comprobación que tienden a ocultar los vicios inconfesables de los propietarios. Frases como: “*Ya llegó así encuadernado*”, por no reconocer el error de aquel encuadernador tan majo que me recomendó zutano; “*Es una pena la falta de las dos láminas, y vaya a saber quién fue el malhechor que la cortó*”, cuando lucen un indigno *passpartú* (que tapa el corte) en el pasillo de la cocina, eso sí una al lado de la otra; o la más usual y cotidiana de “*¿Quién me habrá cambiado de sitio este libro, si tengo dada la orden de que no me toquen nada?*”, cuando en